

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

POLEMICAS

EL DESARROLLO GLOBAL

Las polémicas sobre el estudio de Harvard y del Club de Roma, titulado «Los límites del crecimiento», y que comentó hace algún tiempo en estas mismas páginas, continúan en círculos universitarios y políticos por el notable impacto que su publicación ha causado, sobre todo, en el mundo occidental. Recientemente el presidente del Club, Aurelio Peccei, reunió a sus componentes en las cercanías de París, invitando también a la asamblea a sociólogos, economistas y técnicos de especial relieve para discutir sobre el asunto. Admitió que podían encontrarse al «modelo» propuesto por el «M.I.T.» imperfecciones notorias para representar con fidelidad a la sociedad industrial contemporánea. Sabido es el complejo armazón estructural de dicha sociedad y la difícil posibilidad de que las variables que concurren en su funcionamiento —producción industrial; agotamiento de recursos; polución del medio ambiente; crecimiento demográfico; demanda de productos— se traduzcan con verosimilitud en «modelos» inventados y propuestos en un laboratorio, por eminentes que sean los hombres de ciencia que los elaboran. Sostuvo que, sin embargo, el estudio —que está siendo completado y desarrollado en estos momentos— es una indudable señal de alarma al mundo para que reflexione sobre las consecuencias del «crecimiento sin límite» de la civilización tecnológica, lo cual puede dar lugar en un plazo de cincuenta a cien años a un colapso total del sistema, bien por motivos de contaminación, bien por agotamiento de las reservas naturales, bien por desbordamiento de la demografía. Varias de las personalidades asistentes al coloquio se opusieron a esta visión apocalíptica invocando la creciente novedad de la técnica, capaz de resolver los más complejos problemas, incluso el de la «descontaminación» de lo que la propia tecnología con sus avances incontenibles ha ido creando en el medio ambiente natural. «Con técnicas nuevas —afirmaron— se podrá dar de comer a todo el mundo —siete mil millones en el año 2000— y se podrá limpiar ese mundo, de la polución actual.» Pero, ¿es ese realmente el fondo del problema planteado por el estudio de Harvard?

Creo que el nudo de la cuestión se halla en la filosofía del crecimiento tal y como la ha inspirado la cultura del capitalismo y del neocapitalismo. En el íntimo y remoto cuadro de las motivaciones prioritarias de ese crecimiento está la idea del beneficio, del provecho. Ganar y ganar sin límites ha sido el motor que ha empujado hacia adelante la civilización del industrialismo tecnológico. Y es ahí donde se ha operado, en el seno de las naciones más desarrolladas la crisis de conciencia y la llamada de alarma. El nivel de vida, la renta por habitante y el producto nacional bruto son otros tantos índices estadísticos de progreso material. Pero dejando aparte los numerosos factores de corrección que habría que introducir en esas cifras para que se acercaran a la realidad social queda el otro elemento, el cualitativo, que emerge cada día con más fuerza preguntándose —y preguntándonos— qué clase de vida queremos obtener para la comunidad. Sicco Mansholt lo subrayó con

intención al hablar de que no había que «medir» el desarrollo, sino «expresarlo», que es cosa distinta. Sin llegar a la locución de Tinbergen que proponía sustituir el «nivel de vida» por el de «felicidad» individual o colectiva, hay que reconocer, en la tendencia crítica antedicha, un propósito ético de asentar las bases del desarrollo sobre un propósito que no sirva solamente a la ganancia o a la progresión lineal de las cifras de producción por habitante, sino a la obtención de una forma de existencia que tenga en cuenta los factores morales, la completa realización del hombre en su medio natural y la posibilidad de que su espíritu se logre plenariamente en una convivencia que respete las fronteras de su intimidad.

Pero junto a esa autocrítica que realiza la sociedad más desarrollada buscando nuevas motivaciones al progreso que sean capaces de interesar a las nuevas generaciones, cada día más ajenas al proceso del gigantismo industrial cerrado sobre sí mismo, existe otro problema más grave y espectacular, por más inmediato, que es el de la creciente sima que distancia las naciones industrializadas de las infradesarrolladas. Los países del Occidente que se hallan tecnológicamente a la vanguardia del desarrollo y el Japón son verdaderas «islas de opulencia» en medio del inmenso mar de los pueblos desposeídos. Las naciones del Tercer Mundo representan hoy el 70% de la población de la Tierra y les corresponde el 16% del P.N.B. mundial. Las «islas de opulencia» representan el 21% de la Humanidad y tienen el 56% de ese mismo producto. Tales son, en mínimo esquema, los datos esenciales de la tremenda desigualdad internacional.

No parece que esa considerable distancia entre pueblos ricos y pueblos pobres sea fácil de acortar. Más bien todos los indicios se inclinan a confirmar que el proceso acumulativo de las naciones industriales y su despegue hacia los altos niveles del postindustrialismo se hará con tal aceleración que la diferencia con el Tercer Mundo se acentuará en términos dramáticos. ¿Corresponderá al Tercer Mundo el papel histórico que protagonizó el «tercer estado», es decir, la burguesía, en la revolución francesa? ¿Alcanzará, por su preponderancia demográfica, rango dominante en la comunidad mundial del mañana, imponiendo sus hambrientas razones al grupo reducido de los superricos? Los parangones de esta naturaleza son fáciles tentaciones para el que escribe, reñidas por lo común con el rigor del análisis. Por ahora sólo sabemos que el Tercer Mundo, cuya tasa de crecimiento demográfico oscila entre el 1.8 y el 3.6% frente al 0.8% de promedio de los países desarrollados, se debate entre la penuria, la enfermedad y la ignorancia en el seno de esa condición que se ha llamado genéricamente el subdesarrollo. ¿Y qué es el subdesarrollo? Para muchos, simplemente, una forma de economía atrasada, un país cuya economía no ha despegado todavía. Para otros se trata de una economía deformada, es decir, de un resultado, no de un punto de despegue hacia niveles más altos.

Un escritor español de incisiva pluma ha publicado recien-

temente dos volúmenes distintos aunque concatenados sobre el importante tema. En «La descolonización de la cultura» y en «Subdesarrollo y liberación», Enrique Ruiz García ha sabido plantear en forma sintética y actual, la problemática del Tercer Mundo en orden a su emancipación económica y social. El dato que se olvida con frecuencia es que, dentro de la constelación de los países pobres, casi un 70% de los mismos con un total de 1.900 millones de habitantes, pertenecen a países africanos, americanos o asiáticos que funcionan dentro de las órbitas de las llamadas economías capitalistas de mercado, del mundo libre. Y que es por consiguiente a este último al que corresponde directamente la iniciativa y el esfuerzo para liberar a estos pueblos de la penuria en que malviven.

El subdesarrollo es una situación estructural cuyas raíces hay que buscarlas en el colonialismo. El colonialismo fue una forma de explotación que duró casi dos siglos y en la que el trabajo forzado y el comercio forzado se aliaron con la sistemática explotación de los recursos naturales, muchas veces en forma de pillaje irracional y gravemente atentatoria a la ecología y a la protección de los aborígenes. La segunda guerra mundial inició el proceso de la descolonización que había de durar hasta nuestros días y que aunque dio a más de setenta nuevos pueblos sus himnos y sus banderas y su independencia, dejó forzosamente subsistentes, en gran medida, las relaciones de producción y estructuras económicas que seguían perteneciendo al sistema colonial, con otro lenguaje y otras denominaciones. Tibor Mende ha llamado a este proceso «la recolonización del Tercer Mundo».

A ello se añade un aspecto complejo y trascendente: la destrucción de una serie de elementos básicos de la convivencia aborígen que tenían su motivación y sentido y que la civilización blanca aniquiló, sustituyéndola por modelos imitativos de la democracia occidental. Y además, el hecho de que en el orden económico se ofrece a estos pueblos un modelo neocapitalista de desarrollo que no es adecuado a su realidad sociológica presente.

De ese conjunto de circunstancias se derivan las enormes dificultades del problema evolutivo del Tercer Mundo. Su crecimiento está organizado hoy día de tal manera que en gran medida impide el cambio y la transformación estructural. Y ya se sabe que ese último factor, la mutación en profundidad, es lo que caracteriza al verdadero desarrollo.

No habrá verdadera salida para el enorme problema si no universalizando la cuestión, es decir, estudiando el desarrollo económico y social del mundo como una iniciativa global que atañe a todos. Y sin olvidar que el hombre —no el beneficio— es el verdadero protagonista de la sustancial transformación necesaria a la sociedad de nuestros días.

José María DE AREILZA

OIR Y ESCUCHAR

LA MUSICA Y SUS EXTREMOS

NO estoy muy seguro de que con la música se acaba ocurriendo lo que con la pintura o la literatura. Me refiero, exactamente, a sus modalidades extremas: a eso que todavía, y a falta de mejor etiqueta, llamamos «vanguardia». Poco o mucho, hasta las más arriesgadas experimentaciones de la palabra o del pincel —y, del pincel, para alargar el ejemplo— han conseguido «trivializarse». Y tal es la verdadera piedra de toque. Que nadie se llame a engaño: todas las formas de cultura que en el mundo han sido terminaron, por muy conspicuas que fuesen, en una traducción afable y consumidora entre las gentes no iniciadas. Lo que comenzó en un reducido desdén, a menudo aristocrático, encontró sus caminos de difusión, y habiendo suerte, su destino final fue convertirse en «estilo» compartido e incluso vulgar. En el pasado, estos procesos eran lentos: no menos visibles, sin embargo. Ahora la cosa consigue una rapidez bastante lógica, ya que los medios de «información» son superiores en número y en eficacia, sin contar con los aprovechamientos mercantiles a que el asunto se presta. La Exposición de las Artes Decorativas, que se celebró en París en 1925 —año más, año menos— supuso, pongo por caso, la popularización del cubismo. Casi al día siguiente de habérsela ingeniado sus pioneros, la receta se incorporaba a los escaparates de las tiendas, al mobiliario de los vecinos, a las cornisas de los edificios. «Trivialidad», claro. Hoy no es insólito tropezar en una cafetería de barrio con dulces o bien intencionadas parodias de Paul Klee o de Pollock ocupando un paño de pared. Las canciones al uso, y es otro dato, adornan sus letras con jirones de poesía surrealista, o casi. Y no son pocas las novelas de detectives que se permiten emplear trucos imitados de Joyce. Pero la música...

Quizá sea porque, puestos a apurar la «vanguardia», los compositores han ido, o han podido ir, mucho más allá que los literatos o los artistas plásticos. Entre lo que Picasso, Kandinsky, Miró, y los de aquellas levas hicieron, y lo que hacen sus nietos, y los desangelados novelistas del momento —salvo un par de sudamericanos—, y de los fascinantes poetas de los años veinte y sus sucesores. De hecho, en estas áreas, permanecemos dentro de una con-

tinuidad. En cambio, la posibilidad de manipular sonidos se ha enriquecido con extraordinarios recursos de juego o de experiencia. Una serie de chismes eléctricos, o electrónicos, ha puesto en manos de los interesados una prodigiosa gama de elementos «audibles» que nadie habría imaginado durante el mismísimo estreno, tan escandaloso, del «Sacre». La mayor parte de las «osadías» que nos ofrecen, en palabras, colores o bultos, nuestros más jóvenes manipuladores, ya están en germen —por lo menos, en germen— en las obras de los jóvenes de 1918. En música, no. O me lo parece a mí. Soy profano en la materia, y hablo «de oídas»: nunca mejor dicho. Stravinski, desde la perspectiva en que nos vemos colocados, es un «clásico». Como Bartók, como Alban Berg, como tantísimos otros. Estos señores aún utilizaban violines, trombones, flautas y platillos para montar sus partituras: aproximadamente, como Vivaldi, Bach, Schumann o don Ricardo. El dodecafonismo sigue siendo un residuo tradicional. La plantilla más «avanzada» trabaja, a veces, con los instrumentos arcaicos, pero sólo para tergiversar su función, y, sobre todo, se aplican a explotar otras muy diversas fuentes de ruido, impensables en música hasta ahora, basadas en los aparatos más asombrosos que les proporciona la técnica. Y eso sobrepasa, y mucho, la capacidad receptiva de la clientela.

He podido escuchar bastantes piezas de este tipo. Hay una emisora que les da cierta preferencia, y la pongo con frecuencia. Siento gran curiosidad por el ejercicio. He de confesar que los resultados no me entusiasman. Será culpa mía, sin duda. Por una extraña deformación de los sentidos, siempre he tendido a considerar la música como algo a lo que no ha de prestar una atención consciente. Es una actitud antroponómica: la negación del concierto. En sus buenas épocas, la música «servía» para llenar una fiesta, cantando o bailando, o para dar mayor efusión a un oficio religioso, o... «pour le souper du roy», con «y» griega. Eso era música viva. Y me gusta así: afluendo a mí alrededor mientras charlo con los amigos, o escribo, o leo, o me adormezco. Si tuviese un mínimo de predisposición a rezar, agradecería su compañía. Y repito: es lo contrario a la percepción devota y crítica —si se quiere: devota o crítica— que

exigen el recital de un virtuoso, los espectáculos de Bayreuth o cualquier Maggio Fiorentino. De vez en cuando, interrumpo la conversación, la tarea o la dormilera y, en lugar de «oir», «escucho». Pero prefiero «oir» a «escuchar». Y hasta es probable que, sin darme cuenta, «escucho» mientras «oigo». Comprendo perfectamente que lo que un compositor desea es ser «escuchado»: que el auditorio esté pendiente de su maniobra. Es lo lógico. Pero cada cual se apaña como Dios le da a entender, y aquí paz y allá gloria. Insisto en mi inclinación. Pero me temo que no sea demasiado excepcional. Somos muchos, infinitos, los ciudadanos que esperamos de la música que sea el trasfondo de nuestro «souper du roy» o la cantata de la parroquia, sin que nos coja cenando, ni siendo reyes, ni invocando a la Divinidad. Ciertamente, puede ser, además, un «entretenimiento»: como una novela o un poema, o un drama, o una película. Todo, menos un rito: rito estrictamente musical.

Naturalmente, también son muchos, innumerables, los partidarios del rito. Y ahí es donde se desencadenan mis reticencias. Se puede acudir a una sala de conciertos a admirar unas ciertas dosis de Bach —incluso al clavecín y al órgano—, todo Mozart —tremendamente diverso— o los sempiternos beethovenes y chikovskis (o schuberts o strausses), sin la menor fatiga. Tipos como Debussy, Scriabin, Ravel, Falla, Mompou, constituyen momentos excelsos: en particular, si se limitan al piano. Son los herederos de Chopin. Y Chopin fue único músico de tecla que no supo absorber doña Wanda Landowska: gran mérito... Lo que no llevo a creer es que los músicos cuyo instrumento fundamental es la cinta magnetofónica puedan esquivar el tedio de sus oyentes. Los otros tenían a su favor la melodía y el runruneo orquestal. Ni las melodías ni las combinaciones de cuerdas y de percusión son inagotables: se reiteran, ya lo sé. Pero mucho más angosta es la probabilidad de «diferencia» cuando el magnetofón se limita a registrar borborismos mecánicos. Anteayer escuché —escribo «escucho»— por mi transistor una especie de cantata «Para hombre solo». Fue un rato largo de variantes de garganteo, preclausas: del grito al rumor sincopado, todo que ustedes quieran. Incluyendo el acto de esculpir. Me pareció muy bien. Pero irrepetible. Porque otra

pieza similar sería idéntica. E inaguantable. Como empiezan a ser inaguantables los «collages» que los «vanguardistas» nos proponen. En ocasiones, oyéndolos, y especialmente escuchándolos, pienso que sólo serían tolerables como bandas sonoras de película de miedo.

En todo caso, se parecen tanto los unos a los otros, y necesariamente se han de parecer, que apenas llegan a interesar al aficionado de mejor buena fe. No pongo en tela de juicio la gracia que pueda tener cada matiz. Pero el aburrimiento es sistemático, si se les «escucha»; si se les «oye», molestan.

Y no me sorprendería que un día u otro alguien levantara la bandera del regreso al violín. Estamos viendo cómo la última pintura se presenta como «hiperrealismo». Los pintores del momento, pertrechados de cámara, proyectores, espejos y otros trastos, dan sobre tela, papel o muro, una réplica fotográfica de la realidad.

A su lado, los cromos del «pompiers» empedernido resultan de una enorme libertad expositiva. Sería hacer trampa si les comparásemos con los artifices de la magnetofónica, por aquello de que unos y otros se sirven de «material bruto» —la imagen aquéllas, el ruido éstos— captados por mediciones mecánicas. Las intenciones no son equiparables, y menos todavía lo son las consecuencias. Pero tal vez los compositores a que aludo lleguen a sentir la necesidad de volver al violín, aunque sólo sea para huir de una monotonía —y la palabra, paradójica o no, es adecuada— sofocante. Digo «violín», y, por descontento, me refiero a la orquesta tal como la complico el Ochocientos, y a las demás opciones instrumentales, de grupo o solitarias. Si ello ocurre, el «violín» quizá reciba un tratamiento nuevo, orientado por la ironía, por el sarcasmo o por una sencilla desnudez acusatoria. Como el realismo de los hiperrealistas... El vaticinio no es mi fuerte, y no tengo tampoco ninguna pretensión de que las cosas pasen como apunto. Para los usos de un «oyente» que se contenta con «oir», el repertorio vanguardista es más que suficiente: puede ocupar las horas disponibles de una vida entera. Pero lo que sea sonará.

Joan FUSTER

VILLANUEVA Y GELTRU

SORPRENDIDA

Por el precio de las vitrinas frigoríficas de dos metros con reserva y un año de garantía por treinta y nueve mil ochocientas pesetas y los botelleros de dos metros, un fabricante de cubitos sobre de acero inoxidable, por veintiseis mil pesetas. Precios hasta 15 abril todo en Electrofrío. Cervantes, 3. T. 893-08-55. Villanueva y Geltrú.

AEROPUERTO DE BARCELONA

Objetos perdidos

Hallado en el recinto del Terminal de este Aeropuerto un portafolios conteniendo débitos de la Lotería Nacional de varios sorteos, se publica para que puedan ser reclamados por quien acierte ser su legítimo propietario.

Muchas personas le ofrecen

y esperan su

AMISTAD

para escribirse, tener encuentros, salir, etc., o fin prematrimonial. Pida folleto, que Ud. recibirá sin indicación exterior. Envíe 6 sellos de 2 pts. RELACIONES CLUB. Apartado Correos. 460 SABADELL. Miembro de «INTER-CLUBS-EUROPA»

SORDO

Al optar por un AUDIFONO, debe aplicarlo un AUDIO-PROTESICO con preparación CIENTIFICO-MEDICA. Gabinete Auditivo Científico SERVISO es el único, en su especialidad de AUDIOLOGIA, que le ofrece total garantía de sus servicios. Balmes, n.º 193, entlo. Tel. 217-46-46